

Tuvo con españoles obras blandas,
Palabras bien medidas y ordenadas;
En todas sus conquistas y demandas
Temblaban del las gentes alteradas;
Haciase llevar en unas andas
Con chapas de oro bien aderezadas,
Y el amistad y paz después de hecha
La tuvo con cristianos muy estrecha.

Usaba de real magnificencia,
Sin se le conocer parecer vario,
A sanos y á subyectos á dolencia
Siempre les proveyó lo necesario:
De tal manera, que sin advertencia
Se hizo poco á poco tributario;
Pero jamas desgusto ni molestia
Pudieron perturbarle su modestia.

Nunca vido virtud que no loase,
Ni pecado que no lo corrigiese;
Jamás palabra dió que la quebrase,
Ni cosa prometió que no cumplierse;
Y en cualquiera lugar que se hallase
Ninguno le pidió que no le diese;
En su mirar, hablar y en su manera,
Representaba bien aquello que era.

Ampiés, viendo persona tan urbana,
En medio de tan rudo barbarismo,
Dióle noticia de la fe cristiana
Siendo bien instruido por él mismo;
Y después recibió de buena gana
El agua del santísimo bautismo;
Llamóse don Martín, y después desto
Baptizó de su casa todo el resto.

Demás de la mujer, hijas y hijos,
Se baptizaron todos los vasallos
Que tenía por granjas y cortijos;
Corrieron españoles los caballos
Por mas solemnizar los regocijos;
El don Martín holgaba de mirallos,
Admirado, suspenso y espantado
De ver irracional tan bien mandado.

Fué siempre del Ampiés amigo caro
Satisfaciendo bien sus voluntades,
De todos clementísimo reparo
Y socorro de sus necesidades;
No supo de sus bienes ser avaro,
Ni maculó jamás las amistades;
Fué fiel en palabras y en el hecho,
Y libre de maldad siempre su pecho.

Con estas sobredichas ocasiones,
Conformes á pacífica costumbre,
El capitán Ampiés y sus varones
Tuvieron de la tierra mayor lumbre;
Y aquellas circunstancias poblaciones
Vinieron á la paz y servidumbre
Hasta catorce leguas mas adentro,
Mas de su voluntad que por recuento.

Colando mas adentro con el cebo
De lo que por los indios se decía,
Vino la nueva del gobierno nuevo
Que por los alemanes se traía:
Movióse Joan de Ampiés, y yo me nuevo
Dejándolo por ir por otra vía
A tractar desta gente que ya viene,
Pues él se fué do sus haciendas tiene.

ELEGIA I.

A la muerte de micer Ambrosio, primero gobernador por los alemanes, donde se cuentan las cosas sucedidas en la provincia de Venezuela hasta su muerte.

CANTO PRIMERO.

Habia Febo ya, según la era
Que contamos del santo nacimiento,
Pasado tres quinientos de carrera,
Con otros siete lustros deste cuento,
Por los cursos opuestos á la esfera
Que es causa del diurno movimiento,
Cuando vinieron por los alemanes
Lucidos y valientes capitanes.

Fueron soldados mas de setecientos
En militares artes instruidos,
Copia de belicosos instrumentos
De que todos venian proveidos;
Lucian variados ornamentos
De las bizarras ropas y vestidos;
Las bélicas trompetas dan clamores,
Suenan incitativos atambores.

A la voz de conquista tan solene,
Siguen muchos guerreras ordenanzas:
El caballero deja lo que tiene,
El labrador sus rústicas labranzas;
El oficial humilde también viene
A sombra de soberbias esperanzas,
Y todos los demás con los contentos
Que suelen prometer descubrimientos.

Micer Ambrosio Alfinger los regia,
Persona bien nacida y eminente,
Y cuya discrecion y cortesía
Se puede bien decir ser excelente:
El cual gobernador también tenia
No menores extremos de valiente.
De capitanes hizo nombramiento
A Vasconia y á don Luis Sarmiento.

También á Joan Florin y á Monserrate,
Y Casamirez, hombre de gran cuenta;
Que todos ellos en cualquier combate
Pudieran señalarse sin afrenta;
Indigno de poner en el remate
Al buen Filipe de Utem, que ensangrienta
La tierra con su sangre generosa,
Por mano dura, falsa y alevosa.

Vino Bartolomé Berzar pujante
En la misma sazón y coyuntura,
De bienes temporales abundante,
Pero falto y ajeno de ventura;
Pues un mismo furor en un instante
Nos encubrió la misma sepultura,
Mandando que sus furias se ejecuten
En él y en el señor Felipe de Utem.

Nicolao Fedrimán entonces vino,
Que de micer Ambrosio fué teniente,
Hombre de entendimiento peregrino,
Capitan admirable y excelente;
Pues en cualquier rigor deste camino
Ninguno mas sagaz y diligente:
Del valor de los cuales, Dios mediante,
Diremos grandes cosas adelante.

Entre los mas insignes desta gente
Alonso Vazquez era tesoro,
De la casa de Acuña descendiente;
Fué contador Antonio de Navero,
Pedro de San Martín por consiguiente
De factores del rey él fué primero:
Cada cual dellos hombre de sustancia
Para cualquier negocio de importancia.

Llegaron pues á la ciudad de Coro,
Cuyas pajizas casas ó buhios
Se mostraban ajenas del decoro
De los recién llegados atavios;
Mas antes de preseas, plata y oro,
Los moradores dellas muy vacíos,
Y lo mas principal de sus arreos
Eran á bien librar bastos anjeos.

De las capas allí la mas usada
Entonces era sola la del cielo;
Casaqueta de lienzo mal cortada,
Alpargate lijero por el suelo;
La vaina con que cubren el espada,
De cuero de venado con su pelo:
Finalmente, que los recién venidos
Hacian burla de los mal vestidos.

Pero también la gente macilenta
Burlaba de quien burla de su pena,
Porque tenían ya por cierta cuenta
Que habian de venir á la melena,
Puestos en el rigor de su tormenta
Que los mas estrados mas refrena;
Y que necesidad, hambre y ultrage,
Habian de hacelles mudar traje.

Pues como ya no se hallasen prestas
Las raciones del vino ni sustento,
Viérades abatidas muchas crestas,
Y andar todos los mas á paso lento;
Y aquellos de las plumas mas enhiestas
Meneallos también cualquiera viento,
Arrastrando los pies por la ribera,
Con traer la barriga muy lijera.

Guña del ojo práctico soldado,
Que en las necesidades se sustenta
Con cuatro granos de maiz tostado
Con agua, sal y ají, que es la pimienta
Que da sabor al misero guisado,
Y á los que van famélicos alienta
Para subir altísimos oteros,
Mas sueltos que los perros mas lijeros.

Viendo la gente pues tan afligida,
A la sierra hicieron un entrada,
A fin de proveerse de comida,
Ganada por los filos del espada:
Fué gente de valor aperebida
De la recién venida y de la osada,
Y el Esteban Martín fué por caudillo,
Hombre cuyo valor no fué sencillito.

Iban los baquianos compañeros
Con camisetas cortas y lijeras;
Los chapetones no van hechos cueros,
Pero todos los mas vestidos cueros,
Que separaron de los aguaceros
Y del terrible sol no tan sinceras,
Antes del dicho sol y del invierno
Poquito menos duras que de cuerno.

Dejaron de crujir los tafetanes,
Alojaron un poco los follones,
Y los que reventaban de galanes
Ven sus blancas camisas y jubones,
Y aquellos bombecinos bahañanes
No menos que los mas negros carbonos;
Viérades luego del soldado viejo
La grita, la matraca y cordelejo.

Uno por una parte les decía:
«Este, señores, es el primer baño».
Otro: «Placerá á Dios que con leña
Remediaremos parte deste daño».
Otro: «Para la siesta deste día
Grande socorro son calzas de paño».
Otro: «Para los riesgos del viaje
Bella defensa es un buen plumaje».

Yendo con semejante batería
A los tales trabajos conveniente,
La cumbre de la sierra se subía
Con una siesta de calor terrible;
Y el antiguo y moderno perecía
De sed, por el ardor ser insufrible:
Agua no se hallaba por la tierra
Hasta la otra parte de la sierra.

Adelantóse pues Pedro de Aranda,
Soldado valeroso, de buen brio,
A fin de se bajar á la otra banda
Do sabia correr un fresco rio;
Van todos los demás en su demanda
Con alguna distancia de desvio,
Mas el Aranda, mozo mas lijero,
El sobredicho rio vió primero.

Encima la barranca, poco llano,
Con arboleda clara que tenía,
En un troncon que vido mas cercano
Arrimó la ballesta que traía;
Atrás dió luego salto bien lejano
Porque le pareció que se movía,
Huyendo con mas impetu que cebra,
Por conocer al claro ser culebra.

El cuello levantó la bestia fiera,
Y luego la trisulca lengua saca;
Meneó la cabeza, la cual era
No de menor grandeza que de vaca;
La lumbré de los ojos reverbera
Para mayor temor del alma flaca,
Mas con oír rumor se estuvo queda
Debajo de la selva y arboleda.

Aranda se paró, como ya viese
Llegar el avanguardia de la gente,
Dió voces para que se detuviese,
Sin huelgo del temor de la serpiente;
La cual como de allí no se moviese,
Y todos se pasasen de repente,
Aranda pidió tiros, y se apresta
Para cobrar sus armas y ballesta.

De venenoso tiro se repara,
Que luego recibió rasa cureña;
Apuntó bien á la espantable cara
Por lo mas escombrado de la breña;
Un ojo le clavó la veloz jara,
Y á no dar allí fuera dar en peña;
La bestia se movió de do yacía,
Con silbos que la selva se hundía.

Infláronse las venas y garganta
Con el dolor y su costumbre brava;
Ya como grande viga se levanta,
Ya se estendía, ya se doblegaba,
Ya ramos de la mas cercana planta
Con golpes de la cola derribaba;
Piedras, palos y cosas diferentes,
Hacia mil pedazos con los dientes.

Reguardábanse todos de las prestas
Vueltas, por no le dar cebo y despojo;
Otros, huyendo van por las florestas
Del gran furor y serpentin enojo;
Otros en él desarman las ballestas
Y acaso le quebraron el otro ojo;
Y en este tiempo vido nuestro bando
Que iba de sus furias alojando.

Como sus vulecos fuesen ya pequeños,
Y diese de desmayo clara seña,
Perdieron el temor los mas isleños,
Y de las bajas ramas de la breña
Cortaron verdes y crecidos leños
Para herir la bestia zaharena;
Tal combate de golpes se concierta,
Que la terrible fiera quedó muerta.

Los capitanes desta compañía,
Con todos cuantos iban á su cargo,
La midieron, y vieron que tenía
Poco menos que treinta piés de largo;
Y lo mas grueso della bien sería
De hombre por do tiene mas embargo,
Quiero decir por medio la cintura,
Cosa que de creer se hará dura.

Después del vencimiento serpentina
De que la gente nueva se espantaba,
Prosiguen adelante su camino
Al valle do la guía los llevaba,
Para dar en el misero vecino
Que semejante mal no recelaba;
En el rio hicieron sus conciertos
De caminar por pasos encubiertos.

Conclusas calurosas destemplanzas
Del radiante sol de mediodía,
Caminaron con buenas ordenanzas
Por el umbroso monte tras las guías;
Llegaron á las rocas y labranzas
Que el descuidado bárbaro tenía;
Y en parte que les era mas oculta
Entraron todos ellos en consulta.

La lumbré de la lámpara febea
Debajo puesta ya del horizonte,
Mediante la tiniebla que desea
Quien sigue las tres hijas de Aqueronte,
Seguros de que ya nadie los vea
Dejaron el latibulo del monte,
Y sin ningún rumor, y á paso lento,
Llegaron á la vista del asiento.

Allí paró segunda vez la gente
De nuestras españolas compañías,
Y luego hizo ir incontinentemente
El Esteban Martín á dos espías,
Astuto cada cual y diligente
En estas semejantes rancherías;
Y fué Pedro de Limpías el un hombre,
Y el otro no me acuerdo de su nombre.

Partiéronse los dos aperebidos,
Segun que suelen táctos y mudos,
Descalzos porque no fuesen sentidos,
Y en todo lo demás cuasi desnudos,
Aunque de sus espaldas prevenidos
Y a las espaldas puestos los escudos;
Y ven después de hecho su rodeo
Estar todos subyectos á Morfeo.

Estando pues el Limpias abajado
Entre ciertos ajies ó pimientos,
Vido salir un indio descuidado
Fuera de sus pajizos aposentos:
Sin ver asechador el asechado,
E ya cesando de sus movimientos
A las matas de ajies encamina
La crecida represa de la urina.

Lava con los orines el insonte
Al sante barbas, cejas y cabello,
Y de los pelos del velloso monte
Descienden las corrientes hasta el cuello;
Porque la caza no se les remonte
Retiene Limpias todo su resuello;
Pues al menor anhelo no se suelta
Hasta tanto que el indio dió la vuelta.

El caño del gandul ya desaguado,
Que fué poco menor que regadera,
En ojos y hocicos rociado,
El buen Pedro de Limpias salió fuera,
Y junto con aquel otro soldado
Volviéron de la gente los espera;
Hablaron con los otros en secreto,
Diciendo: «todo queda ya quieto».

Quando caliginoso peso iguala
Su curso por venir con el pasado,
Y con el dulce sueño se regala
El cuerpo de cuidados descuidado,
Dociénten españoles van en ala
Para dar el asalto concertado;
Después á baquianos y noveles
Les fueron señalados sus cuarteles.

Los cuales con el tácto semblante
Cada cual á su puesto se endereza,
Rompiendo de la casa circunstante
La puerta del zaguan ó de la pieza,
La punta del espada por delante,
Cubierta del escudo la cabeza,
Y algunos tan sutiles y advertidos
Que pudieron entrar sin ser sentidos.

Los falsos y nocturnos mercaderes
Dan en los miserables inocentes,
Que estaban con sus hijos y mujeres
En las sencillas camas, y pendientes
Perturban soporíferos placeres;
Oprimidos los tienen y obedientes,
Dentro de las hamacas encogidos,
No menos apretados que cosidos.

En todas partes hay desasosiego,
Aqui y allí se siente pesadumbre,
Y entre tanto que guardan el entrego
Los unos, segun tienen de costumbre,
Otros echaban pajas en el fuego
Para mejor valerse con la lumbre;
Mas aquel que soplabá la candela
Cumpliale hacer buena rodela.

Pues entonces á cierto compañero,
En este menester mal advertido,
Que con el resplandor un indio fiero
Soplando sin temor delante vido,
Le dió con una mano de mortero
Con que muelen maiz endurecido,
Y fué de tal manera la herida
Que al tiempo del soplar sopló la vida.

Despertaron al fin los que dormían,
Al grito del vecino y del pariente;
Algunos escapaban y huían,
Otros peleaban valerosamente,
Otros con solas flechas, si tenían,
Procuraban herir á manteniendo,
O sintiendo hablar ó si se topa
Por el obscuridad gente de ropa.

Descendían los golpes encubiertos
Con grande confusion de vicería;
Por una y otra parte son inciertos,
Mas ciertos para quien los recibía:
Hubo de entrambos bandos hombres muertos
Y en partes sanguinosa la porfía;
Pero los miserables salteados
Fueron al cabo los peor librados.

Al tiempo pues que las nocturnas lumbres
Se suelen absentar de vista humana,
E ya dorando va las altas cumbres
El claro resplandor de la mañana,
Gesaron las guerreras pesadumbres;
Victoriosa la gente castellana,
Recogen á la plaza de los vivos
Número copioso de captivos.

Suenan prisiones duras y molestas
Por cuellos de los padres y sus prendas;
Hácese las compañías luego prestas
Para los apartar de sus viviendas;
Llevan los miserables á sus cuevas
Sus adquiridos bienes y haciendas,
Hasta las casas de los vencedores,
Como dellas y dellos poseedores.

Volviéronse por pasos conocidos
Con recato y aviso conviniendo,
Llegaron do perciben los oídos
Las ondas sometidas al tridente:
Fueron con alegría recibidos
Deste gobernador y de su gente,
Y repartióse luego la comida
A cada cual, por orden y medida.

Mostró la gente nueva sus trofeos
Así como hazaña grandiosa,
Y en ver algunos indios arreos,
Desea ranchar quien menos osa;
Luego salieron otros arrancheos
Diciendo que el hurtar es dulce cosa;
Recogiése de indios muchedumbre
Reducidos á dura servidumbre.

Para confirmaciones deste yerro
Que de mayores otros se deriva,
Allí los señalaron con el hierro
Que de la libertad dulce los priva;
Perpetuóse luego su destierro
Adonde cada cual muriendo viva,
Poniéndoles prolijo mar en medio,
En otro cautiverio sin remedio.

Gran número de indios ya vendido
Por las islas en públicos pregones,
Trajeron del dinero procedido
Caballos, ropas, armas, municiones:
Fué cada cual soldado proveido,
Segun aquellos tiempos y sazones,
De lo que demandaban sus intentos,
A fin de proseguir descubrimientos.

Luego micer Ambrosio determina,
Con avio que tuvo por bastante,
Dejar por algun tiempo la marina
E ir con sus designos adelante:
Gentes, caballos, armas encamina
Al Maracaibo lago circunstante,
Pues como hallador desta alaguna
Quiso tentar desde ella su fortuna.

Partió pues en servicio del monarca,
Toda su gente bien aderezada,
Y como ya tomase la comarca
Del alaguna ya comemorada,
Para pasar por ella hizo barca
De la ceiba que dejó declarada,
Tronco de veinte piés en la grosura
Y de ciento y cincuenta de longura.

Ayudados de velas y de manos,
En veces y viajes diferentes
Pasaron á los otros campos llanos
Que acia Santa Marta van corrientes,
Donde poblaron pueblo de cristianos
En sitios que no fueron conviniendo,
Por ser un suelo seco, tan enjuto
Que nunca produció grano ni fruto.

Si no son datos, fructo de cardones,
De que hay cantidad innumerable,
Que cogen en sus tiempos y sazones,
Y tienen por sustento razonable,
Y en aquellas provincias y regiones
De gustoso sabor y saludable,
Unos redondos, otros perlongados,
Blancos mios y otros colorados.

También demás de ser el fructo sano,
Tiene de buen olor suaves deijos;
Granillos menudicos, y á su grano
Parecen los del higo ser anejos;
El árbol del altura de manzano,
Pero de su blandura va muy lejos,
Pues son ramos rollizos con esquinas,
Cubiertos de espesísimas espinas.

En un pueblo de indios que allí estaba
Hicieron los cristianos el asiento;
Aqueste Maracaibo se llamaba,
De quien el lago tuvo nombramiento:
Allí no se cogía ni sembraba,
Mas era de rescates el sustento,
Y celebraban ferias y mercado
A trueco de la sal y del pescado.

Hizo micer Ambrosio de solares,
Segun orden, comun repartimiento,
Nivelando las calles y lugares
Para mejor trazar aquel asiento;
Nombraron de personas singulares
Oficiales, justicia y regimiento:
Fernando de Beteta fué teniente,
Que conoció do moro de presente.

Allí, sin ocasion justificada,
El Ambrosio, guiado por malsines,
Hizo matar al capitán Villada,
Que fué de los soldados mas insines:
De do quedó la gente desgraciada,
Y adivinando trabajosos fines,
Tuvo mala sospecha de alzamiento,
Pero consta que fué sin fundamento.

Era Caravajal el escribano,
Soldado mas astuto que valiente,
Que por ser en sus hechos inhumano
Después tractaré del mas largamente,
Porque mucho después alcanzó mano
En el mando y gobierno desta gente;
Y por sus desconciertos y malicia
Vimos cómo fué muerto por justicia.

De gente que este pueblo sustentaba
Españoles casados no contamos,
Aunque de la caterva que allí estaba
Algunos conocimos y tractamos;
Acuérdomme de solo Gil de Nava,
Item de su mujer Isabel Ramos,
Porque bajaron desde Venezuela
Mucho después al Cabo de la Vela.

Siguiendo pues propósitos y fines
Destas cosas de que memoria hago,
Trajo micer Ambrosio bergantines
Para mejor correr aqueste lago:
Recorrieron comarcas y confines,
Y mediante blanduras y halago,
Procuraron traer al que pelea
A la paz y amistad que se desea.

Unos caudillos van hasta la sierra,
Otros corren del agua lo cercano,
Unas veces por paz, otras por guerra
Donde fué menester sangrienta mano:
Al morador del agua y de la tierra
Con gran dificultad se hizo llano;
Mas de la vecindad no tan contentos,
Que no tuviesen muchos movimientos.

Andaban sospechosos y alterados,
Por no les parecer segura vida
Subyectarse por siervos y criados
De la gente feroz recién venida;
Vianse demás desto molestados
Cerca del proveer de la comida,
Que el bárbaro cercano no tenía
Si por rescate no se le traía.

De las tierras de sus pueblos distantes,
Desde donde venían labradores
Con maiz y otras cosas semejantes
A rescatar con estos pescadores;
Porque estos indios, como dije antes,
Son de tierra tan seca moradores,
Que jamás se conoce tiempo frio,
Y el cielo pocas veces da rocío.

Por la molestia pues que voy diciendo,
De que estaban aquestos indios llenos,
Los del agua se fueron retrayendo,
Los de tierra también ni mas ni menos;
Los nuestros, alimentos inquiriendo,
Recorrian con barcos estos senos,
Tan lejos que tardaban muchos dias
En socorrer aquestas compañías.

Las cuales padecían entre tanto
De hambre molestísimo tormento,
Y tanto, que llegaban muy á canto
De miserable fin y acabamiento:
Mirábanse los rostros con espanto,
Curtidos del calor y grande viento,
Que tiende por allí soberbia mano,
A lo menos el viento subsolano.

Parte destos trabajos tan pesados
Solía remediar la pesquería,
Y caza de conejos y venados
Que mataba con perros quien tenía,
Y á cuevas de los miseros soldados
 Toda la pesca y caza se traía;
Y no tenía la ración mas larga
Quien subyectó sus hombros á la carga.

Por ser igual el grande y el mediano
En semejantes términos y treguas,
Mayormente la parte de aquel grano
Que traían de mas de quince leguas
En los cansados hombros del cristiano,
Y no con los caballos ni las yeguas,
Por reservarlos en aquesta tierra
Para los duros trances de la guerra.

Pues demás de ser pocos, está claro
Ser necesarios en cualquier salida
Para hacer espaldas y reparo
A los que iban cargados de comida
Por tierra donde el pan costaba caro,
Y en agua se pagaba con la vida;
Pues fué también adversa la fortuna
A los que entraban por el alaguna.

Donde de muchos trances sucedidos,
Diré de dos docenas de soldados
Que llegaron á pueblos conocidos,
En amistad y paz confederados,
Do fueron de los indios recibidos
Y con alegres muestras regalados,
Y luego la fragata proveída
Hasta que mas no cupo de comida.

En la cual, por razon de estar tan llena,
No podía volver toda la gente,
Y no juzgaban por cordura buena
Dejar alguna parte del presente;
El cacique habló: «No tengais pena,
Que yo daré recado conviniente;
Vayan los que gobiernan al navio,
Que todos los demás ternán avio.»

Por los aviamientos prometidos,
Aqueste capitán y sus soldados
No se mostraron desagradecidos,
Mas imprudentemente confiados;
Y los de la fragata despedidos,
Cuantos podían ir bien aviados,
Atenidos al ya dicho concierto
Los veinte se quedaron en el puerto.

Luego por las canoas importuna
El capitán al indio y á su gente,
Y recogióse del alaguna
Muchas por el cacique diligente;
Pero podían ir en cada una
No mas que dos personas solamente,
Un español á proa sin mas ropa,
Y para lo llevar un indio á popa.

Cada cual al pasaje se pertrecha,
Y en algunos, llegados estos leños,
No dejó de reinar mala sospecha,
Porque les parecían ser pequeños;
Y por ningunas vías aprovecha
Pedir otros mayores a sus dueños:
Quedarse pues en tierra no cumplía,
Porque no menor riesgo se corría.

Bien como cuando huye delincuente
De la muerte que tiene merecida,
Y sabe que al pasar alguna puente
Corre terrible riesgo de la vida,
Y con haber aquel inconveniente,
Escoge por mejor la tal huida,
Porque podría ser que la ventura
Allí le diese puerta mas segura:

No menos los confusos y perplejos
Tomaron por consejos menos locos
Hacerse con los pocos a lo lejos
Que quedar entre muchos siendo pocos.
Hicieron pues sus pasos circunflejos
Reconociendo ya minaces cocos,
Y fiando fieles de infieles,
Entraron en los débiles bajeles.

Un remo cada cual, sin otra vela,
Porstrado sin lugar do se asentase
El español que siempre se nivela
De manera que no se ladease
La fútil y lijera canoahela
Y con algún vaivén se zozobrase,
Van navegando juntos desta suerte
Aguas ejecutoras de su muerte.

Yendo corriendo pues el alaguna
Con navios de vasos tan estrechos,
Sin los amenazar otra fortuna
De la que ya llevaban en los pechos,
Dieron el gran vaivén todos a una
Que requerían los conciertos hechos:
Quedaron zozobrados los navios,
Y en el agua personas y atavios.

Veréis al resollar de los caídos
Cómo las aguas eran embarazos,
Los unos totalmente sumergidos,
Otros que hacen remos de sus brazos,
Y algunos que si destos son asidos,
No sueltan aunque los hagan pedazos,
Pensando ser aquel de quien afierra
Bastante para lo sacar a tierra.

Aquel que sobre el agua se mostraba
A cabo de muy poco no parece;
Quien con bebidas aguas arqueaba
En ellas se desmaya y entorpece;
Otro que de sus brazos confiaba,
Por no saber dó ir también perece,
Y de veinte los diez y nueve leños
Habellos recogido ya sus dueños.

Porque los indios, hechas las traiciones,
Huyéronse del triste naufragante
Mas sueltos que delfines ó tritones,
Llevándose los leños por delante,
Dándoles con las manos empellones
Por apartarlos mas del circunstante,
De los cuales el agua cuanta era
En un solo vaivén echaban fuera.

Mas de los españoles el caudillo,
Cuando las confusiones y alboroto,
Su leño nunca quiso desasillo,
Y dió de puñaladas al piloto;
Su nombre no queremos encubrirlo,
Ni cumple de memoria ser remoto,
Pues es el valeroso Juan Aceros,
Que vivos los tenía y muy enteros.

El espada sin vaina retenida,
Recogido no menos el escudo,
La canoa que tuvo bien asida
Desanegola lo mejor que pudo:
Apercibióse para la huida,
Después que se metió medio desnudo,
Con gran destreza la gobierna y rema,
Huyendo de la pérdida postema.

Mas los indios por no perder el lance,
Movidos del vigor con que él se mueve,
A grande priesa siguen el alcance
Todas las canoahelas diez y nueve;
El que huyendo va del duro trance
Cumple como varon con lo que debe,
Haciendo blandear el canaete
O remo, que en el agua saca y mete.

Como caza que sacan los ventores
Del alto para mas llana carrera,
Do por desatinalla cazadores
Le dan terribles voces donde quiera,
Y aunque mas asombrada de clamores
Procura del peligro salir fuera,
En busca de jaral ó de espesura,
Do tampoco halló mata segura:

Tras el buen español, que no desmaya,
Ansi gritando va la gente perra;
El cual, imaginando dónde vaya,
Tenia por mejor tomar la tierra,
Y con sumo sudor tomó la playa,
Donde también halló gente de guerra;
Pero dejada ya la canoahela,
Armóse del espada y la rodela.

Conoce de sus hados el motivo,
Y el patente peligro no lo ablanda;
Para tomallo pues los indios vivo,
Rodéanlo por una y otra banda;
Los que venian tras el fugitivo
Perseveran también en la demanda;
Consulta sus potencias, y no alcanza
Refugio de que haga confianza.

Y conocida ya su triste suerte
Que con desconfianza lo convida,
Determinóse de vengar la muerte,
Antes de ver el cabo de su vida:
En un flaco lugar se hizo fuerte,
Con animosidad jamás vencida;
Y sus hechos en estas ocasiones
Sobrepujaron a las intenciones.

Porque los que llegaban mas exentos,
Con determinacion de echalle mano,
Volvían de sus golpes tan sangrientos
Que no los remediara cirujano:
Saltos veloces, bravos movimientos,
Con fuerza y valentía de tritano;
El espada no halla cosa dura,
Ni hueso do no haga coyuntura.

Viéndolo menear desta manera
La vil y mas que pérfida canalla,
Y cuán mal acababa su carrera
Aquel que mas cercano del se halla,
Tomaron por partido desde fuera
Dar fin y conclusion á la batalla:
Tantos tiros y tanta piedra vuela,
Que le desmenzaron la rodela.

Por mil partes estaba traspasado
De piedras y de flechas mal herido,
De innumerable gente rodeado,
Por todos cuatro lados combatido:
El cuerpo grandemente fatigado,
El ánimo jamás enflaquecido;
Mas para ejecucion de sus intentos
Estaban flacos ya los instrumentos.

Y al tiempo que la luz resplandeciente,
Que todos los planetas señorea,
Quería ya meter la roja frente
En la cerúlea y espumosa dea,
Espíritu vital del combatiente
Cesó, poniendo fin a la pelea,
Del sueño de la muerte poseído;
Mas aunque muerto nunca fué vencido.

Quedaron con él treinta derribados,
Otros cortados hombros y ternillas,
Y todos ellos atemorizados
De semejantes vueltas y reñillas;
Y los que después fueron castigados
Contaban cerca desto maravillas,
Y cómo, con estar el cuerpo vano,
Nunca soltó el espada de la mano.

Al pueblo pues llegado con bonanza
El navio y á buena coyuntura,
Y vista de los veinte la tardanza,
Por cierta se juzgó la desventura:
Determinóse luego la venganza,
Que no fué segun dicen poco dura,
Y aun á los del ejército sangriento
También fué de trabajos gran aumento.

Los cuales referirse por estenso,
Con la necesidad de aquella era,
Sería navegar por mar inmenso,
Y nunca poner fin á mi carrera;
Pero para lo dar á lo que pienso,
Digo que en el compás desta frontera,
Demás de tanto mal ser insufrible,
La plaga de los tigres fué terrible:

Tan fieros, atrevidos y caninos,
Que, con ser en su guarda muy atentos,
Algunos de los miseros vecinos
Fueron de tales fieras alimentos,
O ya tomándolos por los caminos,
O sacándolos de sus aposentos;
Y en esta confusion y desventura
No podían dormir hora segura.

Hoy lo puede decir Fernán Gallego,
Que queriendo dormir en la ribera
Del alaguna, donde puso luego
Un pedazo de red por cabecera,
El tigre deseoso del entrego
Arrebató la red y la montera:
Ileso lo dejó, mas destocado,
Y para no dormir escarmentado.

Pues visto que la fiera le enseñaba
El modo de tener buena crianza,
Dejándole la gorra que llevaba,
Destocado y en pie tomó la lanza,
Y toda la mas gente que velaba
Se pusieron al fin en ordenanza;
Y aun esta vela fué por tales modos
Que do velaban dos velaron todos.

Y así viendo peligros tan cercanos,
Y cada cual el riesgo que corría,
Velaron con las lanzas en las manos
Hasta que ya llegó la luz del día;
La red buscaron por aquellos llanos,
Y revolvieron á la pesquería;
Hallaron en la playa por delante
Al tigre con intento semejante.

Porque, como la caza le faltase
Por dar el fiero golpe desviado,
Entre tanto que carne se hallase
Determinó cebarse con pescado;
E instinto proveyó que se guiase
Su pesca por un orden acertado,
El vientre descargando por la vera
Del agua, y en acecho puesto fuera.

Al cebo sucio que se le ponía
Cuando peje de tomo se llegaba,
En anzuelo de uñas lo cogía,
Con un gran manoplazo que le daba,
Y por entonces no se los comía;
Mas en la misma playa los juntaba,
Pareciéndole ser intentos locos
Comenzar á comer teniendo pocos.

Pero vista la gente que venía
Con gritos y con armas y gran tiento,
Desamparó la pesca que tenía,
Y no huyendo sino á paso lento,
Por entonces cesó; mas otro día
Estando mas rabioso que hambriento,
Vió, yendo por la playa mariscando,
Un joven español estar pescando.

El español, temiendo la fortuna,
Como lo vió venir determinado,
Determinó huir al alaguna,
Y el tigre se metió tras él á nado;
Con lijeros alcances importuna
Al mozo de peligros rodeado,
El cual cuando cercano del se via
Debajo de las aguas se metía.

Valfase de diestro movimiento
Debajo de las aguas, y nadaba,
Y cuando ya se via sin aliento,
En partes diferentes sobreaguaba;
Va la bestia feroz en seguimiento
A la parte y lugar do se mostraba;
No sabe ya dó vuelva ni qué haga
Para poder librarse desta plaga.

Andando pues así desta manera,
Rehuyendo de ser prenda y despojo,
Una vez sobreaguó junto á la fiera
Que quería pagarse del enojo;
Arrojóle la garra carnífera,
Y allí le hizo menos el ojo;
Tornóse á zabullir incontinentemente
Y encomendóse á Dios devotamente.

Y en el punto que estaba ya dudando
De se poder salvar el buen isleño,
Acertamiento fué venir bogando,
Unos indios de paz en un gran leño;
Vieron el tigre, van tras él gritando,
Cuyo socorro fué nada pequeño,
Pues con flechas le daban tanta guerra
Que lo hicieron retirar á tierra.

El tigre desta suerte retirado,
Y por espesas matas abscondido,
Vieron al pobre mozo fatigado,
Y en la cabeza y rostro mal herido;
Fué dellos socorrido y ayudado
Y en la dicha canoa recibido:
El cual después sanó de la herida
Y tuvo que contar toda su vida.

Un negro fué después por el camino
Armado de rodela y media lanza,
Y al lado su machete vizcaino,
Segun entonces fué comun usanza;
Luego la bestia fiera sobrevino
Con aquella rabiosa destemplanza;
Fuéle forzado pues al de Guinea
Apercebirse para la pelea.

Y al tigre ferocísimo cercano,
Que con minace gesto se ponía,
Un golpe le tiro la diestra mano
Con la mediana lanza que traía;
Fué, puesto que le dió, trabajo vano,
Porque del duro cuero resurtía;
Saltó luego con él en un instante,
Y él puso la rodela por delante.

En ella fué la bestia sacudiendo
Con mano que el mejor arnés recela;
El negro va sus pasos retrayendo,
Amparandose bien con la rodela;
Ibase de los golpes deshaciendo,
E ya tenia menos una duela:
El negro se hallaba ya perdido,
Y en tres ó cuatro partes mal herido.

«Valedme, dice, vos, Rey soberano,
Favorecedme vos, Virgen entera,
Que soy hijo de rey y soy cristiano,
Indigno de morir desta manera;
No sea mi sepulcro el inhumano
Ventre de aquesta bestia carnífera.
Acordósele luego del machete,
Que fué de su salud buen alebete.

Pues antes desto no se recordaba
Traello bueno y al siniestro lado,
Por ser tanta la priesa que le daba
Que lo traía muy desatinado,
Sacólo de la vaina donde estaba,
Y en el favor de Dios fortificado,
Tal golpe con sus fuerzas endereza,
Que le hizo dos partes la cabeza.

Concluyóse con esto la reyerta,
Escapando del trance trabajoso:
La carnífera bestia quedó muerta,
El negro de Gilofa victorioso;
Y porque la victoria fuese cierta,
Al pueblo, deste lance deseoso,
Llevó para señales conocidas
La cabeza del tigre y sus heridas.

Habia cirujano diligente
Que le curó los golpes de la fiera,
Mas no pudo sanar tan brevemente
Que no durase harto la carrera.
Llamábanle después Anton Valiente,
Y en hecho de verdad él se lo era.
Y por algunos dias después destos
No les eran los tigres tan molestos.

Mas habia también enfermedades
De condiciones y maneras varias,
Con todas las demás necesidades
De cuantas cosas eran necesarias;
Rompiéronse también las amistades
De muchos indios que les daban parias;
No queria servir ya Juruara,
Y mató seis cristianos Arayara.

Viendo cerrado pues aquel portillo
Y del sustento del desconfiado,
Determinaron ir a descubrillo
Treinta valerosísimos soldados
Con el jurado Leiva por caudillo,
Que fue de los varones señalados;
Dos de caballo, los demás rodela,
Caminaron al Cabo de la Vela.

Descubrieron amplísimas zavas,
Aunque llenas de cardos y de espinas,
Habitadas de gentes inhumanas,
Las cuales por allí llaman cocinas,
De tan ligeras piernas y livianas,
Que son a las de ciervos muy vecinas;
Es solo su sustento y su cosecha
Lo que les puede dar el arco y flecha.

Todos enjutos, altos, gente baza,
Y nunca jamás ropa ni atavío
A sus nerviosos miembros embaraza;
Son dados al sangriento desafío;
Tan diestros en la pesca y en la caza
Que no saben soltar tiro baldío;
Animosísimos en la pelea
Contra cualquier y donde quier que sea.

En el uso de su mantenimiento,
He de varones viejos entendido
Como suelen comer el excremento,
Y que después de seco y demolido
(¡Oh muy mas que bestial entendimiento!)
Lo tornan á meter donde ha salido:
Es gente torpe, sucia, vagabunda,
E usa de comida tan inmundada.

También estas sucísimas catervas
Suelen para comer moler cardillos
De los que se nos pegan de las yerbas,
O ya duros, ó cuando ternecillos;
Y son de condiciones tan protervas
Que no dejan regirse por caudillos,
Mas antes, el mas torpe y el mas ciego
Quiere hacer cabeza de su juego.

Hanse perdido por allí bajeles,
Y con la gente que salió perdida
Se mostraron perversos y crueles,
Pues á ninguno dellos dieron vida;
Donde los chapetones ó noveles,
Pensando de hallar buena acogida,
Les hablaban por modos cortesanos,
Siendo mejor con armas en las manos.

Que el tigre no se precia de clemente,
Y el bruto mal entiende cortesia,
Y aun antes de topar con esta gente
Mucha de la perdida parecia
De sed, por ser la tierra tan ardiente
Y mas que la que mas en Berberia:
Hay jaqueyes allí que son aguadas,
Pero rarísimas y resguardadas.

Por allí se perdió con gente harta
El fraile don Martin Calatayude,
Obispo deste reino y Santa Marta,
De quien será razon que no me mude
Sin relatar, primero que me parta,
Aquello que yo vi y entender pude
De sus peligros grandes y sus daños,
El año de cuarenta y cuatro años.

Y aunque esto fué después de la yactura
De lo que voy diciendo de presente,
No quiero que se pase coyuntura,
Sino contarla luego brevemente,
Y acabada volver á la escriptura,
Concluyendo sucesos desta gente,
Porque las amistades que profeso
Me fuerzan á hacer este digreso.

Al tiempo, y en aquellos mismos dias
Que vido Blasco Nuñez el arena
De Indias, y en aquellas demasias
Cuya memoria da terrible pena,
Pasó de (Palos) un Alonso Diaz,
Piloto de la nave Magdalena,
Maestro Miguel Bovedo demente
Y en pérdidas blasfemias insolente.

Cuya costumbre mala fué de suerte
Que después acabó como vivia,
Y Aguirre lo mató de mala muerte
En su rebelion y tiranía;
Y aun en la confusion de mal tan fuerte
Murió con las blasfemias que solia:
Este maestro pues en el navio
Usaba de su torpe desvario.

Y el buen obispo le reprehendia
Su costumbre bestial y deshonesta,
Y el Bovedo, que muy mal lo queria,
Por la reprehension serle molesta,
Quieren decir que dijo cierto dia:
«De una se libró y otra le resta,
Podria ser entrar do no saliese»:
Y no me espanto yo que lo dijese.

Mas algunos lo tienen por novela
De vulgo, que los mas libres embarga...
Yendo pues por el mar de Venezuela,
Llenas las velas y el escota larga
En demanda del Cabo de la Vela,
Do llevaban derecha su descarga,
Entraron do salida se resiste
Y en golfo que llamaron Golfo Triste.

Al salir se padece gran estrecho,
Por la corriente serles importuna,
Si no sobreviniere tiempo hecho
Que suele raras veces ó ninguna;
Y es el mayor trabajo sin provecho
Del que quiere vencer esta fortuna,
A causa de la brisa dar en frente,
Y como digo grande la corriente.

Desta navegacion mal advertidos,
Entraron en aquella pestiferia,
Y cuando conocieron ir perdidos
Valia poco buena diligencia,
Por ser de recios vientos combatidos
Con tan impetuosa violencia,
Que cuanto mayor era la tardanza,
Tanto mas se tardaba la bonanza.

Industria de la gente marinera
No faltaba de noche ni de dia:
Dan bordos á la mar y á la ribera,
Pero siempre la nao decaia;
Si algo se ganaba yendo fuera,
A la vuelta de tierra se perdia;
Al fin, que sola la desconfianza
Era de sus remedios esperanza.

Venian entre muchos pasajeros
Personas graves y de mucha cuenta,
Que juntamente con los marineros
En número pasaban de setenta:
Conoció muchos destos caballeros,
Y agora la memoria representa
A Sebastian de Almeida, lusitano,
Varon bien puesto y hombre cortesano.

Fray Melchior de Pie de Goncha vino,
Del obispo ya dicho compañero,
Que deste reino fué provisor dino,
Religioso y honrado caballero;
Vino Juan de Valbuena, mi vecino,
El cual hoy da valor á nuestro clero,
Pues ya cansado del discurso luengo
Se revistió del hábito que tengo.

Pues escapándonos de los rigores
Del Mavorte feroz, cruel, airado,
Hicimos lo que hacen malhechores,
Que recogerse suelen á sagrado:
Su gracia nos dé Dios y sus favores
Para llorar el tiempo mal gastado,
Porque con la mudanza del oficio
Se gaste lo demás en su servicio.

Vino Joan de Guevara, que muy caro
Fué del obispo queste mal recela;
Y allí vino también aquel Alfaro
Que fué factor del Cabo de la Vela,
De quien tiene Mompox linaje claro,
Do vive con crecida parentela
De hijas que en virtud y hermosura
Tienen aquel valor que se procura.

Estos, con la restante turbamulta
Que de salvar las vidas tienen pio,
Entraron muchas veces en consulta
Para seguir el menos desvario;
De cuyo parecer al fin resulta,
Que diesen al través con el navio,
Y por la playa con guerrera vela
Caminasen al Cabo de la Vela.

Mas como donde votan muchas gentes
Estriba cada cual en su conceto,
Otros, en este caso diferentes,
Daban el parecer por indiscreto;
Pero sin mas mirar inconvenientes,
Dar al través pusieron en efecto,
Y así de ricas mercancías llena
En tierra zabordeó su Magdalena.

Vereis de grandes olas multiplicos,
Cuyos embates llegan al entena,
Vereis cómo los grandes y los chicos
Trabajan de saltar en el arena;
Vereis pobres villanos cómo ricos
Se querian hacer á costa ajena,
Quitando de las cajas cerraduras
Para sacar costosas vestiduras.

Trocaban los pellicos y zurrones,
E sayos de remiendos cuarteados,
En muy pulidas calzas y jubones,
Guarnecidos de ricos entorchados;
Y aquellos estopeños camisones
En otros por extremo bien labrados:
Cargan de seda, grana y lencería,
Y de lo que mejor les parecia.

Vereis de gentes viles y mugrientas
Hechos soldados mas que fanfarrones,
Que bien pensaban caminar por ventas
Y de hallar á legua los mesones:
Hacian los pobretes falsas cuentas;
Y al fin bien parecian chapetones,
Porque guanibucanes y cocinas
Tan solamente venden flechas finas.

Al fin con todos estos embarazos
Tomaron tierra todos los perdidos,
Los mas dellos á fuerza de sus brazos,
Y todos rociados los vestidos;
Y los bateles hechos mil pedazos
De grandísimas olas embestidos,
Y la nave que todos los pertrecha
En brevisimo tiempo fué deshecha.

Va por las aguas el prolijo parto
De mil mercaderías diferentes:
Aqui viene la pipa y allí el cuarto,
Allí cajas de cosas excelentes;
Tuvieron en la playa vino harto,
Conservas y otros muchos adherentes,
Holandas y ruanes, sedas, paños,
Testigos ciertos de tan grandes daños.

Juntos todos los naufragos en tierra,
Sin salir resistencia de contrarios,
El ocio y cobardia se destierra,
Por se hallar allí consiliarios
Que nombraron oficios para guerra,
Si por ventura fuesen necesarios:
Fué dellos capitán un caballero
Que iba de Panamá por tesorero.

El cual en guerra de indios ignorante,
Que como chapeton no la recela,
Armóse solamente de montante,
Siéndole muy mejor una rodela:
Mandó que caminasen adelante
En demanda del Cabo de la Vela,
Y el Miguel Bobedo como mas sabio
Guia por el aguja y astrolabio.

Los avisados llevan en las manos
Armas, pero también matalotaje;
Mas aquella caterva de villanos,
Contenta con haber mudado traje,
Parecía que con ir galanos
Aseguraban riesgos del viaje,
Aunque todos los mas para el camino
Llevaban barrilejos de buen vino.

Son por allí terribles los calores;
De agua no se halla nacimiento,
Y con la sed los rústicos pastores
En el fuerte licor daban sin tiento:
De manos ni de piés no son señores,
Ni aun para caminar á paso lento;
Cesaron con la noche los caminos,
Y caminaban otros desatinos.

Pues uno no hallaba quien le corra,
Aunque fuese lijero como el viento;
Otro tiene pendencias con su gorra
Porque le daba gran desabrimiento;
Otro por decir gorra dice borra,
Otro que para él son pocos ciento;
Uno lloraba y otro se reía,
Y el mas libre de todos hecho lia.

El de Guadalcanal ya despumado,
La claridad del dia ya venida,
Por el obispo fué determinado
Que fuese cierta gente repartida
Para buscar por uno y otro lado
Fuente que proveyese de bebida;
Mucho cardon hallaron, mucha tuma,
Y el agua que hallaron fué ninguna.

Mas aunque todos eran chapetones,
Y en este menester de pocas mañas,
Dieron en comer fruta de cardones,
La cual les refrescaba las entrañas;
Y no salieron estas invenciones
De hombre natural de las Españas,
Mas de un indio Gonzalo que venia
De Castilla con esta compañía.

Y luego cada cual se desatina
Haciendo de su vida poca cuenta,
Por ver el gran extremo de la urina
Que no menos que muerte representa,
Pues era toda como sangre fina
Cuando de las narices nos revienta:
Quejábanse del indio don Gonzalo
Por les mostrar aquel fruto tan malo.

El indio consultor riendo dice:
«De aqueste mal no morireis ogaño,
Pues bien visteis que yo la salva hice
Sin querer eximirme deste daño;
Nadie desmaye ni se escandalice,
Ni piense ser de muerte tal engaño,
Porque presto saldreis desta fatiga,
Y al médico podreis dar una higa.»

Visto pues ya que por ningunos modos
Descubrian refugio de bebida,
Por todas las zavas y recodos
Desta tierra de mi bien conocida,
Determinaron de volverse todos
Al puerto do la nave fué perdida,
Para se proveer de mas brevaje
Y rehacerse de matalotaje.

Ven número de sedas increíble
Que el ánima de pena les traspasa,
Y el sayagués tomara lo posible
Sin que ninguno les pusiese tasa;
Mas parecióles ser mas conveniente
Cargarse de bizcocho, vino y pasa:
Que el buen obispo sabio y excelente
Dió orden al avio desta gente.